

## XII

## UNA VISITA A HERCULANO Y POMPEYA

Una de las desgracias á que está espuesta esa clase de viajeros que Sterne designa bajo el nombre de viajeros curiosos, es que en general no se puede ser trasportado sin transicion de un lugar á otro. Si se tuviese la facultad de saltar de París á Florencia, de Florencia á Venecia, de Venecia á Nápoles, ó al menos de cerrar los ojos todo lo largo del camino, la Italia presentaria sensaciones bruscas, inauditas, indelebles: pero en vez de esto, á pesar de la rapidez del correo, á pesar de la velocidad de los buques de vapor, hay que atravesar un paisage, hay que abordar á un puerto; las preparaciones destruyen asi las sensaciones. Marsella revela á Nápoles; la Casa Cuadrada y el puente de Gard, denuncian el Pantheon y el Coliseo. Toda impresion

pierde asi su novedad, y por consecuencia su fuerza.

Eso sucede con Pompeya: se empieza por visitar el Museo de Nápoles, nos fijamos tenazmente en todas aquellas maravillas de arte ó de formas encontradas despues de doscientos años que duran las escavaciones; bronce y pinturas, de todo nos hacemos referir la historia, cómo y cuando ha sido hallada, para qué uso servia, en qué sitio estaba colocada; despues, cuando estamos bien enterados de las alhajas, llega su vez al estuche que las contenia.

Evitamos el primer lazo, pero no pudimos hacer otro tanto con el segundo: nos libramos de los Studi, pero caimos en Herculano.

Herculano y Pompeya perecieron en la misma catástrofe, y sin embargo, de un modo muy distinto. Herculano fué envuelta, rodeada, y en fin, cubierta por la lava, en cuyo camino se encontró. Pompeya, mas separada, fué sepultada bajo aquella lluvia de cenizas y piedras que describe Plinio el Joven, y de que fué victima Plinio el Antiguo. Resulta, pues, que en Herculano todo lo que podia sufrir por la accion del fuego fué devorado; que el hierro, el bronce y la plata fué lo único que resistió á esa accion; mientras que en Pompeya, por el contrario, todo se libró, se conservó, si asi puede decirse, por aquella blanda capa de cenizas con que habia cubierto á la ciudad el volcan, se podria creer asi, con un objeto puramente artístico y arqueológico, á fin de conservar á los siglos venideros una muestra viviente de lo que era una ciudad romana en el primer año del reinado de Tito.

Cuando se encontró á Herculano y Pompeya, estaban casi tan perdidas como lo están hoy Stabia, Oplonte y Retina. En cuanto á Herculano no era de admirar; era preciso casi un milagro para encontrarla; Herculano yacia en el fondo de una tumba de lava de cincuenta ó sesenta pies de profundidad. La pobre ciudad de Hércules parecia muer-

ta y sepultada para siempre. Pero no sucedía así respecto á Pompeya.

Pompeya no estaba muerta, Pompeya no estaba sepultada, Pompeya parecía dormir. Solo que lo que se creía la cubierta de su lecho era el sudario de su tumba. Pompeya, cubierta únicamente á la altura de quince ó veinte pies, lanzaba fuera de la ceniza los capiteles de sus columnas, los remates de sus pórticos, las azoteas de sus casas; Pompeya, en fin, pedía incesantemente socorro, y gritaba noche y día desde el fondo de su sepulcro, donde no estaba mas que á medias enterrada: « ¡Escavad. estoy aquí! » Hay mas: algunos pretenden que esa erupcion de que habla Plinio, no fué la que destruyó á Pompeya. Según Ignarra y Laporte Dutheil, Pompeya medio sepultada hubiera por aquella vez sacudido su capa de arena, y arrojándola, como la Gineora de Florencia, hubiera vuelto á aparecer á la luz, con su fúnebre mortaja en la mano, y reclamando su nombre, demasiado pronto borrado de la lista de las ciudades; tanto que, según ellos, la ciudad resucitada vivió todavía hasta el año 471, en cuya época el temblor de tierra descrito por Marcelino, la devoró completamente. Estos se fundan en que Pompeya se encuentra indicada en la carta de Pentinger, que es posterior al reinado de Constantino, y no desapareció completamente de la superficie de la tierra sino en el itinerario de Antonino.

Nada mas posible en último resultado; nosotros no estamos dispuestos á discutir con Pompeya por cuatro siglos mas ó menos. Mas sin embargo hay un hecho incontestable que se opone al reconocimiento pleno de esa resurreccion; y es que ninguna moneda de cobre, plata ú oro se ha encontrado en Pompeya posterior al año 79, aunque es incontestable que los emperadores continuaron acuñando moneda, alta prerogativa del poder supremo que los soberanos tienen en tanto. Pues suponed sepultado á Saint-Cloud en nuestra época, y exhumado á los dos mil años; estoy

convencido que se encontrarían en las escavaciones de Saint-Cloud infinitamente mas monedas de cinco, veinte y cuarenta francos con los bustos de Napoleón, Luiz XVIII, Carlos X y Luis Felipe, que sueldos parisienses y dineros de oro y plata de mediados del siglo XIV.

Lo probable es que la ceniza, tragándose la ciudad entera, dejó huir á las tres cuartas partes de la poblacion, que esta poblacion, sea con la esperanza de poner al descubierto sus antiguas moradas, ó por ese amor al suelo, tan arraigado en el corazón de los habitantes de la Campania, no querria alejarse del sitio que ya habia habitado; que edificaria una aldea cerca de la ciudad; que la nueva colonia tomaria el nombre de la antigua ciudad, y que los geógrafos, encontrando este nombre en la carta de Pentinger, tomaron á la hija por la madre, y confundieron el sepulcro con la cuna.

Esto es tan exacto, que se encontró entre Bosco Real y Bosco Trecase, esa nueva Pompeya, que conservaba tambien magníficos bronce y estatuas del mejor tiempo de las artes, antiguos restos arrancados sin duda á su antiguo esplendor. Pero las casas que encerraban esos bronce y esas estatuas eran, como obras de arquitectura y de pintura, de una época de decadencia de tal modo en oposicion con las obras maestras del arte, que puede creerse habia muchos siglos de diferencia entre unas y otras. Sin embargo, debemos decir que la distribucion interior de las habitaciones era absolutamente la misma, á pesar de que según todas las probabilidades, esta segunda Pompeya desapareció en las entrañas de la tierra cuatro siglos despues de la antigua.

Así que, como decíamos, la fama de la ciudad griega la sobrevivió largo tiempo para borrarse precisamente en el momento en que iba á reaparecer con mas brillo que nunca.

Inmediatamente un gran número de habitantes de Pom-

peya volvieron con el pico y el azadon en la mano á escavar en diferentes puntos aquella vasta tumba donde habian quedado encerradas la mayor parte de sus riquezas. Los anticuarios llaman á esto una profanacion; es evidente que acerca de esa palabra no se hubieran entendido con los antiguos habitantes de Pompeya.

Alejandro Severo fué á escavar en Pompeya; sacó de ella una gran cantidad de mármoles, columnas, estátuas de un trabajo muy precioso, lo cual empleó en las nuevas construcciones que por su orden se hacian en Roma, entre las que se reconocen, como se reconoceria un fragmento del renacimiento en medio de la arquitectura napoleónica.

Vino despues el azote de la barbarie que como una nueva lava, no solo cubrió las ciudades muertas, sino tambien las ciudades vivas. ¿Qué fué entonces de Pompeya y la aldea que tenia de la mano como una madre tiene á su hija? Ya no hay cuestion sobre eso, nadie lo sabe. Sin duda todo lo que salia sobre aquella capa de cenizas que subia, como hemos dicho, aun mas alta que el piso principal, fué destruido. Capiteles, frontones, azoteas, todo se niveló. Algun tiempo todavía indicaron las ruinas el sitio donde estaban las tumbas, despues las mismas ruinas se convirtieron en polvo: al polvo el polvo se mezcló; algunas raquíticas plantas, algunos árboles aislados crecieron sobre aquella tierra estéril, y todo concluyó: Pompeya habia desaparecido; en vano se buscó donde habia estado. Pompeya habia sido olvidada.

Pasaron dos siglos.

Un dia, era en 1592, el arquitecto Dominico Fontana fué llamado por Mucio Cultavilla, conde del Larno. Tratábase de hacer un acueducto subterráneo para conducir el agua á la Torre. Fontana puso manos á la obra; y como la línea que habia trazado atravesaba todo el plano de Pompeya,

sus obreros tropezaron muy pronto en las casas, en las basas de las columnas y las gradas de los templos. Fueron á advertir al arquitecto de lo que habia bajo tierra; bajó este á las escavaciones con una hacha en la mano; reconoció mármoles, bronces, pinturas; atravesó calles, teatros, pórticos; en seguida, admirado de lo que habia visto en aquella necrópolis, volvió á subir para ir á preguntar al duque del Larno qué era lo que debia hacer. El duque le respondió que debia continuar su acueducto.

Fontana no era bastante rico para hacer escavaciones á su costa: se contentó, pues, como piadoso artista que era, con continuar las escavaciones reparando á medida que destruia, lo que se veia obligado á destruir: asi pasó bajo el templo de Isis sin derribarle, y todavía se puede hoy seguir su marcha por los respiraderos del canal que trazó.

Entretanto Herculano dormia mas tranquila que su hermana de infortunio, porque su sepulcro era mas seguro y mas profundo; pero como si fuese una ley de este mundo que no habrá reposo eterno en él, ni aun para los muertos, sonó la hora de su resurreccion antes que sonase la de Pompeya.

Fué un principe de Elbeuf, de la casa de Lorena, el primero que comprendió el tesoro que por espacio de diez y seis siglos habian hollado con desprecio plantas humanas. Casado con una hija del principe de Salsa, y deseando embellecer una casa de campo que habia comprado en las inmediaciones de Pórtici, comenzó á comprar á los aldeanos de las cercanias todos los fragmentos de antigüedades que le llevaban. Al principio tomó todo lo que le presentaron; despues, habiéndose hecho mas delicado su gusto con la abundancia, exigió que tuviesen cierto valor los objetos para hacer su adquisicion. Al fin, viendo que le llevaban cada dia nuevas riquezas, resolvió dirigirse él mismo á aquel manantial, y envió á llamar á un arquitecto. Este preguntó noticias á los aldeanos, reconoció las localidades.

y tomó tan bien sus medidas, que desde su primera escavacion, ejecutada por el año 1720, encontró dos estatuas de Hércules, descubrió un templo circular sostenido por cuarenta y ocho columnas de alabastro, veinte y cuatro exteriores y otras tantas interiores; y en fin, se sacaron siete estatuas griegas, que el generoso príncipe de Elbeuf dió como regalo al príncipe Eugenio de Saboya.

Pero como se comprenderá, esto hizo gran ruido: se exageraron las maravillas de la ciudad subterránea; intervino el gobierno, y ordenó al príncipe de Elbeuf suspendiese sus escavaciones. Efectivamente se suspendieron por algun tiempo.

En fin, el jóven príncipe de Asturias don Carlos, habiendo subido al trono de Nápoles bajo el nombre de Carlos III, hizo edificar el palacio de Pórtici, y comprando la casa del príncipe de Elbeuf con todo lo que contenia, volvió á emprender las escavaciones, y las hizo continuar hasta ochenta pies de profundidad. Entonces ya no se encontró solo un monumento solitario ó un templo aislado: fué una ciudad toda entera que habia desaparecido bajo la lava, yaciendo entre Pórtici y Resina, y que primero su posicion, y despues las inscripciones, unas griegas, otras latinas, hicieron se reconociese por la antigua ciudad de Herculano.

Pero la estraccion de esta ciudad no era fácil; estaba engastada en su molde de lava; era preciso romper el bronce para llegar á la piedra; no tardó en conocerse que se necesitaban enormes dispendios para aquel trabajo en terreno desconocido, y pasados algunos años se renunció á ello. Pero esos pocos años, sin embargo, habian producido tesoros.

Preciso es decir tambien que de repente se dirigió la curiosidad de Herculano á Pompeya. Ya á fines del siglo anterior se habia hallado entre ruinas, orilla del rio Sarno, un trípode y un Priapo pequeño de bronce; despues se ha-

bian encontrado otros objetos preciosos, resultado de una escavacion particular hecha en 1689, una milla próximamente del mar á la vertiente oriental del Vesubio; en fin, en 1740-escavando un foso algunos aldeanos, encontraron resistencia; redoblan sus esfuerzos, descubren monumentos, casas, estatuas; la ciudad sepultada vuelve á ver la luz; la ciudad perdida es hallada; Pompeya sale de su tumba; muerta, es verdad, pero bella todavia como el dia en que á ella descendió. Hasta entonces se ha evocado la sombra de los hombres: desde aquel momento se va á evocar el espectro de una ciudad. La antigüedad referida por los historiadores, cantada por los poetas, soñada por los sabios, ha tomado de repente un cuerpo: el pasado se ha hecho visible para el porvenir.

Desgraciadamente, como hemos dicho, una sensacion puede ser destruida, en parte al menos, por la gradual progresion. Asi sucede con Pompeya, que por su desgracia tiene á Herculano en su camino. En efecto, Herculano en lugar de escitar la curiosidad, la fatiga: se baja á las escavaciones de Herculano como á una mina, por una especie de pozos; en seguida se ven galerías subterráneas, donde no se puede penetrar sino con hachas encendidas; galerías ennegrecidas por el humo que de cuando en cuando dejan entrever como por el desgarron de un velo, la esquina de una casa, el perístilo de un templo, las gradas de un teatro, todo eso incompleto, mutilado, sombrío, sin enlace, sin continuacion, y por consecuencia, sin efecto. Asi, al cabo de una hora empleada en aquellos subterráneos, el mas fanático anticuario, el arqueólogo mas obstinado, el curioso mas infatigable, no sienten sino una necesidad, la de volver á la claridad del dia; no sienten mas que un deseo, el de respirar el aire atmosférico. Esto fué lo que nos sucedió.

Nos pusimos en camino despues de haber visitado aquella ciudad momificada, y tomamos el que conduce de

Nápoles á Salerno. A media legua de la torre de la Anunciacion, se nos presentó un camino trazado en la arena que se internaba hácia la izquierda, y tenia á su entrada un poste con esta inscripcion : *Via de Pompei*. Le seguimos, y á la media hora de marcha encontramos una verja que se abrió ante nosotros, y nos hallamos á cien pasos de la casa de Diomedes, y por consecuencia, al extremo de la calle de los Sepulcros.

Al llegar allí, preciso es confesarlo, á pesar del perjuicio que Herculano causa á Pompeya, la impresion que se experimenta es viva, profunda, duradera; la calle de los Sepulcros es un magnifico peristilo para entrar en una ciudad muerta; por otra parte, todos esos fúnebres monumentos colocados á ambos lados de la vía consular al extremo de la que se abre de par en par la puerta de Pompeya, elevándose sobre la capa de arena que los cubria, se han conservado intactos como el dia en que salieron de las manos del artista; unicamente el tiempo los ha marcado al pasar ese bello tinte sombrío, ese barniz de los siglos, que es la suprema belleza de toda obra arquitectónica.

Y á eso unid la soledad, esa poética guardadora de los sepulcros y las ruinas.

¿Qué sería, pues, lo repito, á no haber pasado por Herculano? Figúrense los lectores bajo un sol ardiente, ó si lo desean mejor, á los pálidos rayos de la luna, una calle de veinte pies de anchura, de quinientos de longitud, surcada todavía por las ruedas de los antiguos carros, con aceras semejantes á las nuestras, toda llena á derecha é izquierda de monumentos cinerarios, por encima de los que se mecen las copas de algunos raquíticos arbustos de triste aspecto, nacidos con trabajo en aquella ceniza: presentando á su extremo como un grande arco á través del que no se vé mas que el cielo, aquella puerta por donde se iba de la ciudad de los muertos á la de los vivos; rodéese todo esto de silencio, soledad, recogimiento, y se tendrá una idea

quey incompleta todavía del aspecto maravilloso que presenta el barrio de Pompeya, llamado por los antiguos la colonia de Augusto Felix, y por los modernos la *calle de las Tumbas*.

Nos detuvimos sin hacer caso del sol de treinta grados que caia á plomo sobre nuestras cabezas, yo para tomar el nombre de todos aquellos monumentos, Jadin para sacar un boceto de aquella vista. Se hubiera creido que temiamos ver desaparecer todo aquel panorama de otra edad y queriamos fijarle sobre el papel antes que volase como un sueño ó desapareciese como una vision.

Al principio de la calle se abre la primera casa desenterrada. Por una estraña casualidad es de las mas completas: esta casa era la del liberto Arrio Diomedes.

Tranquílcese nuestro lector, porque no pensamos llevarle á una visita domiciliaria. Visitaremos tres ó cuatro casas de las mas importantes, entraremos en uno ó dos comercios, pasaremos por delante de un templo, atravesaremos el *Forum*, daremos la vuelta á un teatro, leeremos algunas inscripciones, y nada mas.

## XIII

## LA CALLE DE LOS SEPULCROS

La primera, la única casa, creo, que está al descubierto en la calle de los Sepulcros, es la del liberto Arrio Diomedes: vasto sepulcro ella misma, porque en su galería subterránea, á la que se baja por el jardín, se encuentran veinte esqueletos.

Arrio Diomedes no desmentía el proverbio: Rico como un liberto. Su casa es como la de un millonario. A falta de grabado, procuremos hacer comprender por medio de la descripción lo que era la casa de un millonario romano.

Cuando decimos que esta pertenecía á Arrio Diomedes, es preciso no tomar al pié de la letra lo que decimos: desde que un florentino ha escrito contra mí un volumen porque habia escrito *Corso Donati* en vez de *Coc dei Donati*,

y *Jacob* de Pazzi en vez de *Jacobo* de Pazzi, me he vuelto muy tímido en materia de nombres, y mas bien pongo dos puntos sobre una *i*, que dejarle sin ninguno.

Lo que ha hecho dar á la bonita villa que vamos á describir el título bajo el que es conocida, es que el panteón inmediato está consagrado á la familia del liberto Diomedes. En esto no cabía engaño, porque tenia la inscripción siguiente:

M. ARRIS. I. L. DIOMEDES

SIBI. SUIS. MEMORIE

MAGISTER. PAG. AUG. FELIC. SUB. URB.

Lo cual queria decir: «Marco Arrio Diomedes, liberto de Julia, señora de la colonia de Augusto Félix, inmediata á la ciudad, edificó este panteón á su memoria y de los suyos.»

Y á su vez, despues que la casa dió un nombre al sepulcro, el sepulcro le dió á la casa.

No solo era una casa de la mas esquisita elegancia, y edificada en una de las mejores épocas del arte romano; es decir, en el reinado de Augusto, sino que tambien era de los edificios particulares, uno de los mas grandes de Pompeya: dos pisos quedan en pié; el tercero no existe.

Se suben algunas gradas, despues se entra por una puertecita en un patio abierto rodeado de catorce columnas: este patio, como todos los patios antiguos, tenia la forma de un claustro; esas columnas sostenian un tejado cuya inclinacion interior vertia las aguas en un pequeño canal; por lo que este patio se llamaba el impluvium.

Los romanos, esos eternos paseantes, pasaban su vida dando vueltas en esos patios, ó al abrigo de aquel tejado, cuando no estaban en el forum ó llovía. Las paredes de esos pórticos estaban elegantemente pintadas al fresco,

otra semejanza mas con los claústros del rico convento de San Márcos de Florencia.

Ese patio ocupaba ordinariamente el centro de las casas romanas; todas las puertas de las diferentes habitaciones, desde las de los esclavos hasta las de los dueños de la casa, se abrían bajo aquellos pórticos. El amo, paseándose allí, veía casi todo lo que pasaba en su casa.

Un jardinito, que debía estar lleno de flores; se ostentaba en medio del patio, atravesado por el canal de que hemos hablado, el cual recibía el agua de la lluvia y la conducía á dos cisternas. Estas cisternas tenían brocales de piedras volcánicas, y en una de esas piedras se encontraba la estria que fijaba la maroma con ayuda de la que se sacaba el agua. Todo lo que no debía estar plantado estaba empavesado con pedazos de mosaico conservados con una capa de ladrillo machacado. Esteriormente, y bajo el pórtico, había un nicho que contenía una pequeña estatua de Minerva.

A la derecha estaban las habitaciones para los esclavos; en medio de estas habitaciones, había una escalerita que conducía al piso superior. Se encontró en este piso, que probablemente era un granero, paja y cebada. Al lado de la escalera estaban las ánforas y un armario, á la izquierda estaban los baños. El supremo placer de la vida doméstica, le constituían entre los romanos los baños. Así, al contrario que entre nosotros, donde con mucho trabajo se tiene un gabinete de tocador, los baños en una casa romana ocupaban en general la sesta parte.

Bajo los reinados de los doce Césares era un negocio de sumo interés tomar un baño.

Entre nosotros, nos metemos en una pila mas ó menos corta. ¡Dichosos los que tienen piernas pequeñas ó grandes pilas!

En seguida, despues de media hora invertida en dar

vueñas para evitar los calambres, llamamos, nos secamos con un lienzo frio ó abrasando, se vuelve á vestir y se sale.

Entre los romanos era otra cosa.

Ved si no los baños del liberto Arrio Diomedes.

Había allí una primera habitacion. En esta primera habitacion se encontraba una pila para el baño frio. Esta pila estaba rodeada de un pórtico pequeño muy lindo con columnas octógonas, en cuyo fondo había un hornillo; sobre el hornillo un caldero y una paila de dos asas, todavía ennegrecidos por el humo, una parrilla de hierro, muchas ollas de barro y una cacerola.

Al parecer, así como nosotros, los romanos hacían les sirvieran el almuerzo en sus baños frios.

A continuacion se encontraba una segunda habitacion: en esta era donde se desnudaban los que querían tomar los baños calientes: se la llamaba *apodyterium*. En seguida había una tereera habitacion: en esta era donde estaban á la vez el baño caliente y el horno grande. El horno era una construccion de ladrillos de la figura de una sarten; solo que su forma era larga y aplastada. Tres vasijas de cobre contenían el agua á diferentes grados; el agua fria, el agua tibia y el agua caliente. Tubos de plomo que servían de conductores á esta agua se abrían con llaves muy semejantes á las nuestras, y permitían al bañista elevar ó disminuir la temperatura de su baño.

Entonces se dejada el piso bajo y se subía al principal. Aquí se encontraba una habitacion pequeña, que estaba exactamente encima de la otra, la cual se llamaba la estufa. Se entraba en ella despues de haber atravesado otra habitacion, donde se dejaban los vestidos con que se habían abrigado para subir del piso bajo al principal. Desde esta primera habitacion se iba atravesando el *tepidarium*, donde no se detenían hasta la vuelta á la estufa, y en esta

estufa, situada como hemos dicho encima del hogar, era donde se tomaba el baño de vapor.

Una ventana que se abría al patio servía para dar aire al bañista cuando estaba á punto de ahogarse. Había una lámpara colocada en un nicho que daba á la vez á la estufa y al tepidarium, y que cuando se querían tomar baños por la noche, alumbraba á las dos habitaciones.

Hoy que están de moda los baños rusos, es inútil describir ese dolor graduado que era un placer para los antiguos. Cuando habían pasado en la estufa el tiempo que querían dedicar á derretirse, volvían á retirarse al tepidarium. Aquí esperaba un esclavo al bañista; tenía en una mano un frasco y en la otra un cepillo de dar friegas. Este cepillo se componía de pequeñas láminas de marfil, de plata ó de oro, semejantes menos los dientes, á los de una almohaza, y se llamaba *strigilis*. El frasquito contenía un aceite perfumado y se llamaba *guttum*. Primero frotaba el esclavo al bañista con el *strigilis*, luego inclinaba encima de su cabeza y sus espaldas el *guttum*, dejaba caer algunas gotas de aceite aromático que le estendía por todo el cuerpo con la mano. El tepidarium, como la estufa, tenía un balcon; pero este balcon ganaba mucho en celebridad al balcon su vecino. Consiste esto en que en los engastes de madera barnizados de ceniza, se encontraron cuatro vidrios.

Ahora bien, cuando los encontraron, acababa de probar un sábio italiano en una obra de cuatro volúmenes en cuarto, que los antiguos no conocían el vidrio.

El librero que había impreso la obra se arruinó; pero el autor no quedó por eso como menos sapientísimo.

Además de esta vidriera se encontró en el tepidarium sillas de madera, y en el suelo, al lado de una de ellas, el fondo de una cesta.

Desde esta habitación donde se terminaba la operación del baño, se volvía á pasar al apodyterium, donde se ves-

tian con el traje que los esclavos habían subido, y terminaba la operación.

El emperador Commodo tomaba al día siete baños de este género. Como se ve, debía quedarle para dedicarse á los cuidados de su imperio, menos tiempo que le quedaba á Orosmanes, el cual, si se ha de creer á Voltaire, no les dedicaba mas que una hora.

De los baños pasamos á una especie de despensa inmediata á las alcobas. En esta despensa se encontró en tierra, y al pié de una mesa de mármol sostenida por la estatua de una jóven sacerdotisa, muchas vasijas de cocina.

En las alcobas no se encontró mas que pinturas bien conservadas, mosaicos y mármoles. Por lo demás, todas las alcobas, que recibían luz solo por la puerta, eran pequeñas y debían ser muy poco desahogadas.

En medio de esas habitaciones había un comedor, construido en forma de hemiciclo y en el que todavía se ve el sitio que ocupaba la mesa. Se hallaron en él vasijas de barro y bronce, moldes de repostería de la forma de los nuestros, dos pequeños tripodes cuyo destino era tener las lámparas cuando comían ó cenaban con luz artificial: dos pequeñas pilas para lavarse las manos; dos candelabros, uno de los cuales tenía la forma de un tronco de árbol; dos cuchillos con mangos de hueso; en fin anillos con pequeñas placas para los armarios. Las paredes estaban pintadas representando las pinturas pescados de todas formas y colores, y recibían la luz, además de la puerta, por tres ventanas que daban al campo, abriéndose al Oriente y Mediodía.

En la otra fachada del pórtico estaba la entrada al *exedra* ó salon de recepción. Este salon comunicaba con algunos gabinetes; en uno de estos se encontró una mesa redonda de marmol blanco, adornada con dos cabezas de tigre, cada una de las que arrojaba agua por un surtidor colocado en su boca; medallones de mármol represen-

tando á Vulcano junto á su yunque; una mujer al lado con una mariposa en una mano y en la otra una antorcha que aproxima á un altar al que va á aplicar el fuego; un Hércules apoyado sobre su maza con una piel de leon, un carcax y flechas; faunos con una ánfora y un tirso en las manos; cinco mascarones pequeños agugereados los ojos y la boca; en fin, una liebre comiendo fruta.

Ademas, habian caido de los pisos superiores en aquel salon y los gabinetes inmediatos, jarrones de plata esculpidos, una marmita de bronce, dos monedas, una de las cuales era de la antigua Nápoles; es decir, que tenian ya de fecha cerca de mil quinientos años, en fin, varios pedazos de mármol desprendidos de una estátua pequeña á la que cubrian, y que servia de adorno á un mueble.

Del *exædra* se pasa á una azotea; esta azotea dominaba el departamento de los esclavos. En este departamento se encontró una botella colgada de un clavo, vasijas de barro cocido, una lámpara, cuatro azadones y un rastrillo de hierro; un cuchillo con mango de hierro y varias vasijas y monedas de bronce: este era el mueblage y riqueza de la miserable pequeña colonia.

Junto á una puerta estaba el esqueleto de un hombre y el de una oveja: la oveja tenia todavía su campanilla.

Ademas de las habitaciones que hemos descrito, habia tambien un departamento de verano: se bajaba á él por una escalerita; sus habitaciones tenian el techo abovedado, en sus paredes habia pinturas y el pavimento era de mosaico. Las pinturas que cubrian las paredes de la mayor de estas piezas, representaban una Urania, una Melpómene, una Minerva, un pedagogo sentado con un baston en la mano y un cofre lleno de papiros á sus piés; genios y bacantes que bailaban tocando la sambuca, lo que hace creer que este salon era una biblioteca. Un resto de alfombra cubria el pavimento.

Desde esta habitacion y atravesando el jardin, se baja á

una galería subterránea; en esta galería es donde se habian refugiado los habitantes de la casa. Descubriéronse en ella veinte esqueletos apoyados en la pared: dos de esos esqueletos pertenecian á niños; otro era probablemente el de la dueña de la casa, porque tenia en los brazos dos brazaletes y en los dedos cuatro anillos. Todos habian sido ahogados en la ceniza; y como á la ceniza habian seguido tormentas de agua, se habia convertido en un limo que se secó lentamente, encerrando á los cadáveres como un molde. Así que cuando se descubrieron estaban aquellos cadáveres perfectamente conservados; pero apenas los tocaban con un dedo caian reducidos á polvo, y no quedaron en pie mas que seis esqueletos. El limo que los sostenia permaneció mas sólido, y se conserva en el museo de Nápoles un fragmento de esa tierra al que está unido un magnífico pecho de mujer en cuyo exterior se distinguen los pliegues de un vestido de muselina. Otro fragmento conserva el molde de una espalda; otro el contorno de un brazo: todo torneado y demostrando juventud y perfeccion de formas.

Ademas se encontraron en el suelo dos collares de oro, uno de ellos que está adornado con nueve medallas de esmeralda, y el otro tiene una cadenita de cuyo extremo colgaban dos hojas de parra; dos anillos de plata; un alfiler grueso; un candelabro cuyo pié está formado por tres piernas de hombre; un manajo de llaves; dos amatistas, en una de las que está grabada una *Venus Anadiomene* en la misma actitud que la *Venus de Médicis*; en fin, treinta y una monedas casi todas imperiales, entre las cuales habia muchas de Galba y de Vespasiano.

Pero en esta galería fúnebre no estaban encerrados todos los cadáveres. Se halló otro esqueleto junto á la puerta que daba al mar; este esqueleto era sin duda el del dueño de la casa, porque tenia en una mano una llave y en la otra una sortija y un cartucho con diez monedas de

oro con los bustos de Neron, Agripina, Vitelios, Vespasiano y Tito, ochenta y ocho monedas de plata imperiales y consulares entre las que habia una de Marco Antonio y otra de Cleopatra, y algunas monedas de bronce con la efigie de Augusto y Claudio. A pocos pasos de ese cadáver se encontraron otros dos esqueletos, cerca de los que habia cinco medallas de bronce; á la parte exterior de la puerta, avanzando hácia el mar, habia otros nueve esqueletos, que probablemente habian pertenecido á la familia de Arrio Diomedes. Se sabe que los antiguos entendian por familia ese innumerable rebaño de esclavos y de perros que formaban parte de toda rica casa.

En los ángulos de estas habitaciones inferiores habia dos gabinetes, en uno de los que se encontró un esqueleto que tenia en el puño un brazalet de bronce, en un dedo un anillo de plata, y en la mano una segur de hierro. Inmediatos á estos gabinetes habia dos sitios cercados, que al parecer habian estado cubiertos de un emparrado y que debian servir de juego de bolos. En fin, fuera de la casa y estendiéndose por el lado del mar, se halló un campo labrado á surcos, junto al cual habia una era para trillar.

Un vasto recinto cercado por una sólida pared y unido á un terraplen horadado de tubos, separaba del lado opuesto la casa de la calle. Este recinto era el cementerio de los esclavos. Escavando en él se encontró una gran cantidad de huesos humanos, y las conchas de los caracoles que habia costumbre de comer en las colaciones mortuorias.

En cuanto al panteon preparado por el señor de la casa para él y los suyos, y en que yacian su hermano mayor y Arria, su octava hija, hemos dicho ya que se elevaba en la calle, y que esa mansion de los muertos rivalizaba en elegancia y riqueza con la mansion de los vivos.

Entre los sepulcros que se encuentran á uno y otro lado de la via consular, los mas notables despues del de la fa-

milia Diomedes, son los sepulcros de los dos Tice y el cenotafio de Calvencio.

El primero que se encuentra es el de Nevoleya Tice, descubierto en 1813. Es un ancho pedestal formado por cinco hileras de largas piedras volcánicas, en cuya parte superior hay dos escalones y en medio un altar de mármol. Sobre este altar está colocado el busto de Novoleya. Por bajo del busto se lee una inscripcion latina de la que nos contentaremos con dar una traduccion : « Nevoleya Tice, liberta de Julia, para ella y para Cayo Munacio Fausto Augustal, quien recibió con el consentimiento del pueblo, de los decuriones el *bissellium* por sus méritos. Nevoleya Tice, en vida, ha elevado este monumento á sus libertos de ambos sexos y á los de Cayo Munacio Fausto. »

Este sepulcro está adornado de tres bajos relieves, los tres bastante curiosos.

El primero que se encuentra por el lado que da á Nápoles, es un navío que entra en el puerto. Genios pequeñitos cargan las velas; un hombre está al timon : la cabeza de Minerva adorna la proa.

En un país donde, como en tiempo de Figaro, no se puede escribir sobre nada que tenga relacion con el gobierno, la política, la administracion, la literatura se comprende que se hayan eserito muchos volúmenes acerca de esa escultura. Este objeto era una gran fortuna. Por nada en el mundo hubieran dado los sabios aquella escultura; era su pan cotidiano. Acaso se han publicado cincuenta volúmenes sobre la dichosa obra. ¡La paz de Dios sea con los que los han escrito! Conceda Dios su misericordia infinita á los que los leyeron !

Los unos han visto en ella una alegoria, los otros una realidad.

Los que han visto en ella una alegoria, se han estasiado ante la idea que representaba. El navío de la Vida, condu-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

cido por la Prudencia, toca al puerto de la Tumba, despues de haber atravesado los escollos de las Pasiones.

Estos se apoyan en un pasage de Pope, que ha venido diez y seis siglos mas tarde; pero esto no importa : las grandes verdades son de todos los tiempos.

El pasage decia : « Vogamos de diferentes maneras sobre el vasto Océano de la vida. La Razon es la carta, la Pasion es el viento. » Esto se llama ciencia retrospectiva.

Los que ven en ella una realidad, dicen sencillamente que como Mario se dedicaba al comercio marítimo, ese bajo relieve no era otra cosa que el prospecto póstumo de su profesion. Estos se apoyan en un pasage de Petronio en que Trimalcion, que era comerciante, dice á Albino : « Tambien te suplico que los novios que has de esculpir sobre mi sepulcro boguen á toda vela, y que yo esté sentado en el tribunal con mi toga, con cinco anillos de oro, y un saco lleno de dinero para arrojarlo al pueblo. » Esta es la ciencia prospectiva: permítanme los eruditos esta palabra.

Se comprende que la cuestion era grave. Por tanto la lucha comenzada en 1813, existia todavia en 1835 mas en carnizada que nunca. Positivistas y alegoristas invitaban á ella á todas las academias italianas, desde la de Nápoles hasta la de San Marino. Uno de ellos mas sobreescitado que los demas iba á marchar á Paris á fin de someter el problema al Instituto. Tres dias antes de ponerse en camino fué á proponerme con toda formalidad tradujese al francés los dos volúmenes que habia escrito sobre esa cuestion europea. Puse á este caballero en la calle.

El bajo relieve del lado opuesto, es decir, el que mira á Pompeya, representa el *bissellium* de que se trata en el epitafio. Acaso no sabeis lo que es el *bissellium*: voy á decírosto. Desde que estaba en Italia me he vuelto erudito á mi vez. Perdonadme en lo que pueda ofenderos, asi como yo perdono á los que me han ofendido.

El *bissellium*, cuya forma seria desconocida sin el precioso bajo relieve que nos ha conservado el sepulcro de Nevoleya, es un banco oblongo con cogin, adornado de franjas, y con una banqueta. El ciudadano que habia tenido la dicha de obtener el *bissellium*, tenia el derecho de sentarse completamente solo en las asambleas públicas en aquel asiento, que sin embargo, podia recibir á dos. Estos honores del *bissellium* eran muy deseados de los pompeyanos, que deseaban, segun parece, mas que nada tener libres los codos. Esto semeja mucho á las gentes virtuosas de Saint-Just, á quien el jóven convencional queria se concediese el privilegio de pasearse el domingo con un traje gris perla y un ramito de rosas en el ojal.

En cuanto al bajo relieve del centro, es decir, el que da á la via, representa el sacrificio que tuvo lugar en los funerales mismos de Munacio Fausto. Un jóven sacerdote coloca la urna sobre el altar, asistiéndole un niño. A la derecha están los decuriones, los oficiales del municipio, y los *sex viri augustales*, de que Munacio tenia el honor de formar parte, y que van á cumplir sus últimos deberes para con su colega. A la izquierda se adelanta un grupo de hombres y de mujeres hácia el altar y presenta ofrendas. Entre las últimas, una jóven se desmaya traspasada de dolor. Los eruditos, por su propia autoridad, han asegurado que este personaje era la misma Nevoleya. No tengo absolutamente nada que decir contra esta opinion.

Despues de haber examinado este magnifico sepulcro, y mientras Jadin sacaba su boceto, bajé al columbarium. Este era una habitacion pequeña de seis ú ocho pies cuadrados; un nicho practicado en la muralla contenia una grande urna de arcilla, llena de cenizas y huesos. Los mismos eruditos han asegurado que eran los restos de Nevoleya y Munacio, sentimentalmente reunidos para toda una eternidad. Otras urnas habia que contenian otros esqueletos, y ademas las monedas destinadas á Caronte. La

Academia de Nápoles se ocupa en decidir en la actualidad si será de aquel uso antiguo de donde viene la costumbre de pagar un cuarto al pasar el puente de las Artes.

También se encontraron en el suelo tres vasijas de barro encerradas en otras tres de plomo; una de esas vasijas contenía el agua, las otras agua, vino y aceite, sobre el que nadaban huesos. En el fondo había un precipitado de cenizas y de sustancias animales. Estos eran los restos de las libaciones y de las esencias que se derramaban ordinariamente sobre las reliquias de los muertos cuando se les depositaba en el sepulcro después de haberlos recogido de la pira.

El sepulcro de la segunda Tice no era menos curioso que el de la primera. Es un cenotafio de la misma forma precisamente que el que acabamos de describir, encima del que hay un cipo que sostiene una cabeza humana vista de frente, con los cabellos reunidos en trenzas y anudados en la parte posterior del cuello. Sobre esta cabeza está grabada la inscripción siguiente, que ha dado mucho que hacer á los anticuarios y que sin embargo me parece muy sencilla:

JUNONI

TYCHES JULIÆ

AUGUSTÆ VENER.

Se ve que los antiguos, en materia de cortesanía, estaban todavía más adelantados que nosotros. Todo título que los aproximaba á los príncipes les honraba, cualquiera que fuese ese título. Hojead á Tácito, y vereis que Petronio desempeñaba con mucha honra cerca de Neron el empleo que Tice había aceptado cerca de Julia. Después de haber ganado su pensión de retiro, Tice se retiró inmediatamente á Pompeya, donde probablemente hizo penitencia por su

vida pasada, puesto que al morir se encomendaba á Juno, la más arrogante de todas las diosas. Verdad es que los anticuarios esplican esta anomalía diciendo que las divinidades protectoras de las mujeres se llamaban *junons*, y las de los hombres *genies*; pero en ese caso me parece que debía haber un plural en vez de un singular, y que se leería en el epitafio *Junonibus* y no *Junoni*. Someto esta observación á los señores arqueólogos con toda la modestia de un neófito.

El sepulcro de Calvencio, descubierto en 1838, es como el de las dos Tices, del buen tiempo de la arquitectura romana. También, y como para librarle de los desacatos de los transeuntes, está rodeado de paredes sin abertura. Su materia es de mármol blanco, sus adornos son de un bonito estilo, y termina en dos haces de palmas con cabezas de carneros. Era como Munacio Fausto un augustal; como Munacio Fausto gozaba los honores del *bissellium*.

He aquí su epitafio:

« A Cayo Calvencio Quinto Augustal. El honor del *bissellium* le fué concedido por decreto de los decuriones, y con el consentimiento del pueblo, á causa de su magnificencia. »

El cenotafio de Calvencio es macizo; es decir, es un sepulcro honorífico. La pared que le rodea y le protege había hecho creer que penetrando en su interior se encontraría en él algún tesoro oculto. En consecuencia, abrieron el monumento del lado que mira á Oeste. Entonces fué cuando vieron que se había cometido una profanación inútil.

Dos coronas de encina indican que al honor del *bissellium* unia Calvencio el honor más insigne todavía de haber recibido la corona cívica.

Además de los cuatro sepulcros que acabamos de describir, hay otros sesenta, ante los que nos contentamos con

hacer pasar al lector, como Ruy Gomez de Silva hacia pasar á Carlos V ante una parte de sus abuelos. Pero si, como hace al respetable tutor de doña Sol, advertimos que los pasamos de los mejores, á fin de llegar mas pronto á la puerta de Pompeya.

## XIV

## ANUNCIOS.

Seguimos la via consular y llegamos á la puerta de Herculano. Digamos breves palabras acerca de la via consular y de la puerta de Herculano; despues daremos una vuelta por la misma ciudad de Pompeya.

La via consular es un ramal de la famosa via Apia que iba de Roma á Nápoles; se unia á ella por el Norte de Cápua, y se estendia por el Mediodía hasta Reggio; esta era la tercera via romana descrita por Strabon, que pasaba por el pais de los Bruzos, la Lucania, Samnio y la Campania, donde volvia á unirse á la via Apia.

Esos caminos generales estaban bajo la inspeccion de los censores que debian conservarlos en buen estado. Tito Livio señala á aquellos apreciables magistrados los deberes